

SIETE PREGUNTAS QUE LOS HOMBRES HACEN

No hace mucho, varios amigos atravesaban una plantación de árboles frutales y, desconociéndolos, discutían acerca de la clase de árboles que eran. Pero al llegar a cierto lugar donde estaba acumulado el fruto, la discusión cesó. El fruto reveló la naturaleza del árbol. La Escritura dice: "Porque no es buen árbol el que da malos frutos; ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol por su fruto es conocido... porque de la abundancia del corazón habla su boca" (S. Lucas 6:45). En realidad, las palabras del hombre son la evidencia de lo que hay en el corazón y demuestran lo que somos.

En la Palabra de Dios hallamos siete interesantísimas preguntas acerca de la salvación, que revelan la forma de pensar de quienes las hicieron.

La primera es la pregunta atea del antiguo faraón de Egipto, cuando Moisés y Aarón se presentaron ante él y le dijeron: "Jehová el Dios de Israel dice así... (Leer Exodo 5:1, 2).

Esta pregunta no murió con faraón en el mar Rojo. Muchos --aun en los países que se consideran cristianos--, siguen repitiéndola. No arguyen contra la Palabra de Dios, no señalan los fracasos del clero de cualquier organización, no hablan contra Dios, pero viven como si el Creador no existiese. La mayoría de ellos, en determinadas circunstancias, pretender ser cristianos; y en esto consiste la verdadera tragedia. No buscan a Dios ni requieren la ayuda divina. No sacrifican el placer personal en beneficio del crecimiento espiritual. Viven como si no hubiese otra vida. Hablan como impíos. Leen, piensan, juegan, visten, cantan, odian y aman como impíos. A una pregunta directa responderían: "Oh, sí, creo que hay un Dios", pero viven como si ese Dios no existiese.

Si reconocemos hallarnos en la condición señalada, volvamos a Dios y no olvidemos que de acuerdo a lo que sembramos, así cosecharemos en nuestra vida privada, en nuestra vida familiar y en nuestra vida pública. Hablemos menos de nuestro cristianismo, pero vivamos más su esencia.

Otra pregunta muy común que se halla en el libro del profeta Jeremías 8:6, y que también revela la actitud del corazón, es la que hace el indiferente cuando dice, "¿qué he hecho?"

Alguien provoca una dificultad en su hogar o en cualquier otro sitio, y luego adopta un aire de inocencia ofendida y pregunta: ¿Qué he hecho?

Parece ser completamente indiferente al mal que él mismo ha provocado. No se siente apenado por su error, no experimenta arrepentimiento ni ante Dios ni ante los hombres.

Con las palabras del profeta, el cuadro se torna claro: "Escuché y oí... (Leer Jeremías 8:6, 7).

Los pájaros conocen el tiempo de su migración anual, pero muchos profesos cristianos no ven la evidencia del juicio de Dios en esta tierra. Han perdido la percepción espiritual. Pasan por alto las promesas y los mandatos de Dios o los rechazan abiertamente.

En los días de Jeremías, los moradores de Jerusalén imitaban a los pueblos vecinos en la práctica de la idolatría, y luego pretendían que Dios los protegiera. No prestaban atención al primer mandamiento que dice: "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Exodo 20:3). Sin embargo, pretendían ser el pueblo de Dios y decían: "¿Qué hemos hecho?"

Algunos de nosotros, ¿no haremos la misma pregunta? Si fuera así, que Dios nos ayude a comprender el error en que hemos caído y podamos repetir las contritas palabras de David cuando dijo: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio". Volvamos a Dios y él tendrá misericordia de nosotros. Porque "si confesamos... (Leer 1 S. Juan 1:9).

Llegamos ahora a la inquisitiva pregunta: "¿Qué más me falta?" La hizo un joven que moralmente parecía perfecto y la encontramos en San Mateo 19:20. Sin duda, dicho joven creció bajo una vigilancia estricta y cumplió siempre con todas las obligaciones religiosas. Por eso se sorprendió cuando Jesús no pareció honrado recibéndole como discípulo. ¡Pobre joven!

No había buscado lo más importante, o sea, hacer de Dios lo primero en su vida. Tenía otro dios: sus bienes. Y cuando tuvo que elegir, prefirió sus posesiones.

¡Que ninguna cosa humana nos aparte de Cristo! ¡Que ninguna posesión pequeña o grande nos aleje de la vida eterna! Hagamos de Dios lo primero y lo último en nuestra vida, confiando siempre en la justicia de Cristo.

Otra importante pregunta la hallamos en San Marcos 8:36: "¿Qué aprovechará al hombre?" Eso es lo que ha preocupado a los más profundos pensadores de todos los tiempos: "¿Cuál es el mayor bien?"; o en otras palabras, "¿por qué vivir?" Los filósofos se han preocupado frente a esta pregunta, y le han dado un sinnúmero de respuestas; pero el hecho de que cada nueva generación vuelve a preguntar lo mismo, es evidencia de que la humanidad no está satisfecha, aunque recurra a alguna de las viejas respuestas, la vista con nuevos vestidos y publique un nuevo libro. Ni la ciencia ni la mentalidad del hombre podrán romper el círculo vicioso en que la filosofía se ha movido desde los días de Platón y de Aristóteles.

El que rompe ese círculo con la luz de la divina revelación es Jesús. El hombre puede ser salvado y Cristo vino para hacer posible esta salvación, que es el resultado del amor de Dios. Y esa salvación es el mensaje del evangelio.

Como dijo Jesús: "Porque ¿qué aprovechará... (Leer S. Marcos 8:36, 37). Lo que realmente aprovecha es la vida eterna. Nada es comparable a la salvación del alma humana. Hoy es el día de volver a Dios, y este es el momento de hacerlo.

También está la pregunta que lanza la incredulidad: "¿Quién, pues, podrá ser salvo?" Jesús le había dicho al joven rico que si deseaba tener tesoros en el cielo debía abandonar su gran fortuna, que era lo que constituía su gran impedimento, y luego agregó las siguientes palabras: "Mas os digo, que más liviano trabajo es pasar un... (Leer S. Mateo 19:24, 25).

Los discípulos parecían participar de la idea común de la época, de que la riqueza era evidencia del favor de Dios. Las palabras de Jesús fueron para ellos una gran sorpresa. El Maestro trató de mostrarles que quienes buscaban la riqueza como lo primero, no podían darle a Dios el primer lugar en su vida. La riqueza no es un mal, pero lo es el amor a la riqueza, lo es el rendirle culto.

"¿Quién, pues, podrá ser salvo?" Exclamaron. Frente a esa pregunta incrédula "... mirándolos Jesús, les dijo: Para con los hombres imposible es esto; mas para con Dios todo es posible" (S. Mateo 19:26). No hay dificultad, por grande que sea, que Dios no pueda vencer. No hay hombre a quien, por hondo que haya caído, Dios no pueda levantar. No

hay hábito demasiado arraigado que Dios no pueda cambiar. No hay pecado, aun el más terrible, que Dios no pueda perdonar.

A uno de los mayores fabricantes de zapatos del mundo se le preguntó, en cierta ocasión, cuál era la primera y la última finalidad de su vida. El respondió: "Primero Dios, después la familia, por último los zapatos".

Así debe ser siempre. Si alteramos el orden, sobreviven las dificultades.

Y ahora llegamos a la pregunta inevitable que se halla en San Mateo 27:22. "¿Qué pues haré de Jesús que se dice el Cristo?" Esta fue la pregunta de Pilato, cuando el juicio de Jesús se convirtió, de improviso, en su propio juicio. Hubo de hacer una decisión propia respecto a su relación personal con Jesús. Es la decisión que todo ser humano debe hacer. No podemos evitarlo. Jesús lo exige: o lo aceptamos o lo rechazamos.

"¿Qué haré, pues, con Jesús?" Esta es la pregunta que deben responder hoy millones de personas. ¿Qué harás tú con Jesús, mi buen amigo? Tendrás que decidir. Recuerda que si no decides a favor de Jesús, decidirás contra él. El Señor declaró: "El que no es conmigo, contra mí es" (S. Mateo 12:30).

He aquí ahora la séptima y última pregunta; la pregunta salvadora que a la media noche formuló el carcelero de Filipos. "Señores, ¿qué es menester que yo haga para ser salvo?" (Hechos 16:30). Y allí mismo, rodeados por los demás presos, el apóstol San Pablo le dio una respuesta simple y clara: "... cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú, y tu casa" (Hechos 16:31).

Esta es la única verdadera respuesta posible. Creer en él es recibirlo (S. Juan 1:11, 12). Recibirlo es obedecer su Palabra y aceptarlo como Salvador.

¿Seguirás tú el ejemplo del hombre que preguntó "¿qué es menester que yo haga para ser salvo?" El reconoció su necesidad y pidió ayuda. Aceptó la luz que Dios le envió y la siguió. ¿Lo harás tú?

Haz de Cristo el objeto supremo de tu amor. Mantente fiel a la verdad que hay en Jesús y ámallo de todo tu corazón y él será contigo.